

Cuarto domingo del Tiempo Ordinario A2023

En el Evangelio de esta mañana, el discurso de Jesús parece extraño y opuesto a la manera normal y habitual de considerar las cosas. Por ejemplo, Jesús dice: “Dichosos los pobres, Dichosos los que lloran, Dichosos los sufridos, Dichosos los que tienen hambre, Dichosos los que son perseguidos...” Esta no es la forma en que consideramos la felicidad. Para nuestro mundo ser feliz es ver cumplidos nuestros sueños y aspiraciones, estar fuera de problemas y dificultades, tener suficiente para el estómago, estar en paz y sin preocupaciones, estar libre de lágrimas y alegría, etc.

¿Cuál es el punto de todo esto? Para Jesús, la felicidad considerada exclusivamente en términos humanos como satisfacción humana de las propias necesidades y deseos, o protección contra lo que puede dañar, es frágil. Huye como la sombra de un árbol bajo el sol. Deja el sabor de la insatisfacción y la falta de cumplimiento. La alegría que trae es por un tiempo, luego, la sed y el hambre vuelven.

La verdadera felicidad es la que viene de Dios y para la cual Dios es el fundamento. Excede las meras condiciones humanas y apunta a algo eterno. No apunta a una satisfacción inmediata de las gratificaciones humanas, sino a la realización de los anhelos más profundos del alma. La felicidad que tiene a Dios como fuente se puede encontrar incluso en la pobreza y el dolor, el sufrimiento y la pérdida, la tristeza y el duelo, el hambre y la persecución, etc.

Lo que viene al término del dolor, del sufrimiento, de la pérdida, del llanto, del hambre, del insulto y de la persecución vivida con Dios, en lugar de ser la degradación del ser humano o su desfiguración, es su elevación. Es Dios mismo quien se encuentra como última realidad y recompensa de quien le ha sido fiel en aquellas difíciles circunstancias.

Entonces, tiene sentido decir: “Dichosos los pobres de espíritu, de ellos es el Reino de Dios; Dichosos los que lloran, ellos serán consolados; Dichosos los mansos, ellos heredarán la tierra; Dichosos los hambrientos y sedientos de justicia, ellos serán saciados; Dichosos los misericordiosos, obtendrán misericordia; Dichosos los limpios del corazón, verán a Dios; Dichosos los que trabajan por la paz, se les llamará hijos de Dios; Dichosos los perseguidos e insultados por causa de Dios, de ellos es el reino de los cielos”.

Son dichosos no porque la vida haya sido fácil con ellos, sino porque a pesar de todas las situaciones difíciles en las que se encontraron, no abandonaron a Dios. Reconocieron a Dios como la fuente que da sentido a sus vidas y sin el cual la vida no tendría ningún sentido. Como un remero que cuelga de su bote en medio de la tempestad, no se dieron por vencidos en los momentos más oscuros de sus vidas.

Tal forma de vida es contraria al estándar por el cual normalmente definimos la felicidad. Así, la felicidad de Dios desafía los principios del razonamiento humano; trasciende la lógica humana; pone límites a lo humanamente concebible y abre nuestra mente a una realidad superior, que es el reino de Dios. Los pobres, los desdichados, los maltratados, los sufridos y los perseguidos tienen la seguridad de estar en el lado correcto de la historia al elegir a Dios y sus caminos de vida. Por su fe en Jesús, Dios está transformando su situación en algo más grande de lo que jamás hayan imaginado.

Si nosotros también aceptamos caminar por este camino, gozaremos de la amistad de Dios y alcanzaremos en su reino. Como dijo el profeta Sofonías al pueblo de Israel en la primera lectura, busquen la justicia; busquen la humildad para que puedan estar protegidos en el día del juicio del Señor. Observan la ley, no hablen mentiras, entonces, permanecerán tranquilos y descansarán sin nadie que los moleste.

Porque Dios es la fuente de la verdadera felicidad, su implicación en nuestra vida lleva al descubrimiento de nuestra verdadera identidad como hijos de Dios. Nuestra conexión con él nos trae la paz del corazón que el mundo no puede dar, tanto interior como exteriormente. Su preocupación por nosotros nos da la seguridad de que, sean que sean las circunstancias que rodean nuestra vida, sean de alegría o de tristeza, no estamos solos.

Así han vivido y encontrado a Dios los justos, los santos y los mártires. Los que son puros de corazón, mansos, misericordiosos, pacíficos... tienen en sus manos el anticipo del cielo mientras la vida de Dios habita en ellos.

Cada vez que nos esforzamos por vivir espiritualmente pobres en esta era de consumismo, estamos construyendo el reino de los cielos donde Dios nos enriquecerá a nosotros que ponemos nuestros éxitos materiales a los pies de Jesús. Cada vez que compartimos lágrimas en nuestros dolores y sufrimientos sin rebelarnos contra Dios, estamos seguros de que seremos consolados, porque ese día Dios enjugará toda lágrima de nuestro rostro.

Cada vez que trabajamos duro para cambiarnos a nosotros mismos haciéndonos mansos, gentiles y amables, estamos preparando nuestra herencia, porque al esforzarnos por la pureza de corazón, mente y cuerpo, veremos a Dios cara a cara. Cada vez que dedicamos nuestra energía a trabajar por la justicia y la paz entre las familias, los pueblos y las naciones, estamos construyendo el reino de Dios, porque ese día seremos reconocidos como hijos de Dios.

Cada vez que perdonamos el mal que nos han hecho y permitimos que otros se reconcilien con nosotros y entre ellos, preparamos la bendición de Dios sobre nosotros, porque ese día Dios, a su vez, será misericordioso con nosotros. Cada vez que aceptamos ser insultados, perseguidos y calumniados por causa de Jesús, tenemos que regocijarnos y alegrarnos, porque ese día seremos recompensados por nuestra fidelidad.

¿No parece una tontería este camino de felicidad que propone Jesús? Pues bien, esto es exactamente lo que dice san Pablo, es decir, que Dios ha elegido a los ignorantes de este mundo, para humillar a los sabios; a los débiles del mundo para avergonzar a los fuertes; a los que no valen nada, para reducir a nada a los que valen; de manera que nadie pueda presumir delante de Dios.

¡Que Jesús nos ayude a abrazar el camino de las bienaventuranzas para que lleguemos un día al Reino de su Padre! ¡Que nos ayude a ser humildes por que hagamos la voluntad de su Padre y no la nuestra. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Sofonías 2: 3; 3: 12-13; 1 Corintos 1: 26-31; Mateo 5: 1-12



Fecha de la Homilía: el 29 de Enero, 2023
© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230129homilia.pdf